



## “Mi condena a la violencia comunista no la convertí en noticia de periódicos”



Volodia Teitelboim con su gata Miel, que sabe cómo posar para las fotos.

“Yo vivía en un departamento en Moscú, cerca de una panadería. Veía las colas y las arbitrariedades. Ellos querían que yo reclamara al Comité Central del Partido y yo les decía que por qué no lo hacían ellos... No hay nada que hacer, me respondían”... cuenta el ex secretario general del Partido Comunista.

Por Rosario Guzmán Errázuriz

Escribir o no “best sellers” no era la cuestión... y por eso, entre otras cosas, le dieron el galardón. Bien merecido, según algunos. Ni tanto, alegan otros. El loco satisfecho. Aunque sin ufarse, saborea el reconocimiento. “Más vale tarde, que nunca”, bromea. “Y nunca es tarde cuando la dicha es grande”, remata él, con su consabido sentido del humor.

Que 86 años no es nada, bien podría cantar este soñador impenitente, al que vie-

nen de agradecer con el Premio Nacional de Literatura. Después de interminables dimes y diretes. Con “guante de seda” trató él, en todo caso, a su principal contendora, Isabel Allende. Y ella le devolvió la mano: “Un portento intelectual”, lo bautizó.

El político y el escritor que habitan en Volodia Teitelboim despiertan controversias. Al primero —otora iracundo y destemplado— muchos querían “pasarle la cuenta”... Al segundo, otros tantos preferían ignorarlo, lo que a partir de hoy no les será posible... El hombre, en cambio, ha logrado conquistar a “mores y cristianos”. Se lo considera una persona lúcida, sobria, con gran sentido del humor, una memoria prodigiosa, fino y seductor con las mujeres.

Pluma aparte merece su reconocida eloquencia: en una oportunidad recibió una carta de un enervado admirador desconocido “que nos tenía de ídolos al cura Haibón y a mí debido a nuestras eventuales proezas idiomáticas. ¿Te das cuenta? Hermanados Haibón y yo”.

Nos sentamos alrededor de la mesa del pequeño living comedor de su casa Ley Pereira Huilina. Estantes atiborrados de libros nos rodean por doquier. Es el alimento primordial de su existencia. Y si lo tenemos aquí enfrente es porque a su padre ucraniano se le ocurrió fascinarse con la canción que hablaba de “la copia feliz del Edén”... Advierte Volodia: “No se dio cuenta de que era sólo una copia... Se vino a Chile y no encontró el Edén...”.

Que él se lo ha pasado la vida buscando

ese Edén —comenta— y que se ha acercado a él, pero apenas lo toca, se le aleja... Lo mismo le ha ocurrido en el amor: “Me encontré con la mujer ideal más de una vez, pero el hechizo se deshizo en el camino...”. De todas sus mujeres —le pregunto— ¿a cuál es la que más ha amado? Sin dudar lo instante: “A mi madre. Era una mujer de mucha vida interior y tenía el poder de la ternura expresada en gestos. Fue la columna de nuestra casa... Mi padre era un trasplantado melancólico y heredó de él su admiración por la bondad... De mi madre, el amor por los libros”.

La relación con su hijo Claudio —cuenta— “es como la de dos compinches que se han saltado las diferencias generacionales. No hemos tenido mayores conflictos, lo cual no quiere decir que no tengamos miradas distintas. Yo soy un poco emboscado, él es más directo, ¡me encanta el tipo!...”. Dice que lo mejor que le ocurre en la vida es “levantarme cada mañana con muchas ganas de crear el mundo, aunque lo más penoso es comprobar en la noche que no lo he conseguido. Pero no importa, ahí está de nuevo el iluso siempre de pie...”.

**Ante Huidobro, Gabriela y el silencio de Neruda**

—¿De qué se arrepiente?

—Me arrepiento de haber dejado la poesía a los 20 años, creyendo que ella me había dejado a mí...

—Hablando de poesía, usted “refle-

tó” a Huidobro. ¿Qué le acercó a él, proviniendo ambos de mundos tan distintos?

—Con Huidobro nos unió un momento de la historia. El quería constituirse en un pequeño dios y yo, que tenía 16 años, me sumé a esta empresa como escudero del caballero andante, sin tener ninguna pretensión de nada. Así, él pudo ser dios sin ningún problema...

—¿Y cómo pasó del “odio” al “amor” con Gabriela Mistral?

—Gabriela fue nuestra “mama”. Cuando teníamos 7 años, en la escuela primaria se nos recitaban las rondas y los niños las cantábamos sin saber cantar y las bailábamos sin saber bailar. Luego, cuando llegó Neruda y nos habló del cuerpo de mujer, cometimos el matricidio. Más tarde vino el arrepentimiento, tal vez el más intenso de la vida literaria. Descubrimos que la “mama” era una de las madres de todos los que habíamos cantado y bailado sus rondas y para pagar la penitencia, escribí su biografía.

—¿Comparte la sentencia de Borges: “el único pecado que puede cometer un hombre es no ser feliz”?

—Sí. Aunque es un pecado involuntario. Por eso, hay que hacerle empuño...

—¿Por qué fue usted excluido del “Confieso que he vivido” de Neruda, con la amistad que los unía?

—Existen distintas versiones. Una conjetura, que en cierto sentido es real, es que se trata de un libro incompleto que él no alcanzó a terminar por sí mismo. Otra versión

“  
Gorbachov me gustó y me desencantó. Le quedó grande el poncho... Quizás avanzó hacia la libertad y la democracia, pero descuidando los flancos, lo que no han hecho Fidel ni los chinos.  
”

# "Mi condena a la violencia comunista no la convertí en noticia de periódicos" [entrevistas] [artículo] Rosario Guzmán Errázuriz.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Teitelboim, Volodia, 1916-2008

## FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

"Mi condena a la violencia comunista no la convertí en noticia de periódicos" [entrevistas] [artículo]  
Rosario Guzmán Errázuriz. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile